



2015
AÑO DE LAS VOCACIONES HOSPITALARIAS

“San Juan de
Dios”

Oración del Mes
Marzo 2015

1.- Introducción

El amor a Dios se expresa en el amor al prójimo. La vida consagrada a vivir el Carisma de la Hospitalaria, nos exige la vivencia del amor a Dios en la persona de los enfermos y necesitados.

Nuestras Constituciones destacan que en virtud de los dones del Espíritu Santo somos consagrados para participar ya del amor misericordioso del Padre y nos hace capaces de cumplir nuestra misión entre los pobres y enfermos, especialmente, entre los más débiles, a quienes tratamos de salvar al estilo de Jesús. (Const. 2b)

La consagración nos permite participar de la herencia del Reino y la riqueza de dones y gracias del Padre, siempre y cuando, hayamos acogido a nuestros semejantes con las actitudes evangélicas del amor que se manifiestan en un servicio humilde, paciente y responsable; con respeto y fidelidad a la persona; comprensión, benevolencia y abnegación. (Const. 3b)

La reflexión nos invita a ver a Jesús en los rostros de los últimos de la sociedad, de los excluidos, rechazados, de aquellos a quienes se les irrespeta su dignidad y su calidad de vida y humana en muchos casos, y cuya constatación la vemos hoy día en este mundo lleno de injusticias, desigualdades, e indiferencias.

2.- Canto

3.- Salmo: “62,2-9”

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.

En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

4.- Lectura bíblica:

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos.

Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me diste de comer; tuve sed, y me disteis de beber, era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y acudisteis a mí.

Entonces los justos le responderán; “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y acudimos a ti? Y el Rey les dirá: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis

Entonces Abram construyó un altar en honor del Señor, porque allí se le había aparecido. Luego se fue a la región montañosa que está al este de la ciudad de Betel, y allí montó su campamento.

Betel quedaba al oeste de donde él había acampado, y la ciudad de Ai al este. En aquel lugar construyó Abram otro altar, e invocó el nombre del Señor. 9 Después siguió su camino poco a poco, hacia la región del Négeb”.

Mt. 25,31-40

5.- Reflexión

Dios Padre nos hizo el regalo de la encarnación en Jesús que se hizo hombre por nosotros y compartió con nuestra humanidad las alegrías, esperanzas y anhelos de la persona que busca encontrarse nuevamente, en la felicidad del abrazo con el creador.

Para acceder al Reino, Jesús cuenta esta parábola del juicio final indicándonos lo que debemos hacer para tomar posesión del Reino que nos anuncia. Esto se logra poniéndose al servicio de los hambrientos, los sedientos, los extranjeros, los desnudos, los enfermos, los presos. Como vemos, los excluidos y los marginados son los protagonistas. Así, para nosotros esta es la nueva ley del amor de Dios.

En el juicio final, el Hijo del hombre convoca a todas las naciones del mundo, y al discernir no se equivoca separando a unos de otros, los buenos y los malos. No juzga sino separa, y el criterio de separación es el cumplimiento de las obras de misericordia. Cada uno de nosotros tenemos la tarea, igualmente, de discernir la manera en cómo ejercemos nuestra relación con los pequeños y excluidos, pues en ella, también descubrimos cómo es nuestra relación con Dios.

En la parábola, los que están a su derecha son llamados “Benditos de mi Padre”, que es la bendición que Dios prometió a Abrahán y a su descendencia (Gen 12,3). Son los invitados a tomar posesión del Reino preparado para ellos desde la fundación del mundo. Los mismos que acogieron al Juez, Jesús, cuando éste estaba hambriento, sediento, extranjero, desnudo, enfermo y preso, en cada uno de sus hermanos y pequeños.

Benedicto XVI, comenta que:

Desde la Eucaristía nace una nueva e intensa asunción de responsabilidades a todos los niveles de la vida comunitaria, nace por tanto un desarrollo social positivo, que tiene en el centro a la persona, especialmente cuando es pobre, enferma o desgraciada. Nutrirse de Cristo es el camino para no permanecer ajenos o indiferentes a la suerte de los hermanos, sino entrar en la misma lógica de amor y de entrega del sacrificio de la Cruz; quien sabe arrodillarse ante la Eucaristía, quien recibe el cuerpo del Señor no puede no estar atento, en la trama ordinaria de los días, a las situaciones indignas del hombre, y sabe inclinarse en primera persona hacia el necesitado, sabe partir su pan con el hambriento, compartir el agua con el sediento, vestir al desnudo, visitare al enfermo y al encarcelado. En cada persona sabrá ver al mismo Señor que no dudó en entregarse a sí mismo por nosotros y por nuestra salvación. Una espiritualidad eucarística, entonces, es verdadero antídoto contra el

individualismo y el egoísmo que a menudo caracterizan la vida cotidiana, lleva al descubrimiento de la centralidad de las relaciones, a partir de la familia, con particular atención en curar las heridas de las disgregadas.

Por tanto, Cristo, hoy, nos recuerda cuál es la centralidad de su mensaje, y ésta es la caridad, entendida no como idea, ni filantropía, sino como la demostración del verdadero amor a Dios que vive en mi prójimo. Y Él mismo lo expresa con claridad: “a mí me lo hicisteis” y coloca los ejemplos. Esta caridad actuada en el prójimo brota naturalmente del amor a Dios. Nuestra reflexión ronda en preguntarnos: si amamos a Dios, no podemos dejar de amar a los hermanos.

6.- Oración universal

Conscientes de que solo en Cristo podemos encontrar la verdadera libertad, presentémosle, nuestras oraciones intercediendo por todos los necesitados, mientras respondemos escucha nuestra oración.

1. Dios, Padre nuestro, en este año vocacional – hospitalario ponemos en ti nuestra confianza, y depositamos en tus manos bondadosas nuestras dificultades, ilusiones y esperanzas.
2. Que el amor que tú has derramado en nuestros corazones nos haga ser más hospitalarios, acogedores y misericordiosos, sensibles al sufrimiento de nuestros hermanos.
3. Renueva en nosotros la llamada a seguir a Jesús, tu Hijo y haz que comprendamos que vale la pena entregar la vida por el Evangelio, en el servicio y amor a nuestros hermanos pobres y enfermos.
4. Acoge Señor, nuestra alabanza y nuestra oración, para que los jóvenes, a ejemplo de María, Madre de la Hospitalidad sean premurosos en su sí, y se incorporen con alegría a la misión a la que tú los convocas en nuestra familia Hospitalaria.
5. Concédenos generosidad y prontitud en la respuesta, y haz que como San Juan de Dios seamos portadores de vida, salud y esperanza para todas las personas con quien recorreremos el camino de la vida.

7.- Padre nuestro.

8.- Oración final.



ORACIÓN POR LAS VOCACIONES HOSPITALARIAS

Dios, Padre nuestro,
en este año vocacional - hospitalario
ponemos en ti nuestra confianza,
y depositamos en tus manos bondadosas
nuestras dificultades, ilusiones y esperanzas.

Que el amor que tú has derramado
en nuestros corazones
nos haga ser más hospitalarios,
acogedores y misericordiosos,
sensibles al sufrimiento de nuestros hermanos.

Renueva en nosotros
la llamada a seguir a Jesús, tu Hijo y
haz que comprendamos que vale la pena
entregar la vida por el Evangelio,
en el servicio y amor
a nuestros hermanos pobres y enfermos.

Acoge Señor, nuestra alabanza
y nuestra oración,
para que los jóvenes,
a ejemplo de María,
Madre de la Hospitalidad
sean premurosos en su sí,
y se incorporen con alegría
a la misión a la que tú los convocas
en nuestra familia Hospitalaria.

Concédenos generosidad y prontitud en la respuesta,
y haz que como San Juan de Dios
seamos portadores de vida, salud y esperanza
para todas las personas con quienes recorreremos
el camino de la vida.

Amén.